

le envió a Lockridge esta esquela:

“... Usted afirma que, en su Historia, el general Walker impugna su coraje y su honor. Yo he leído el libro y no veo que él haga tal cosa. Pero yo sí lo hago. Yo dudo de su coraje, de usted, y de su honor aún más que de su coraje. Espero mañana la visita de su padrino; si no se presenta, yo le enviaré el mío...”*

Los documentos encontrados no revelan si se concertó el desafío. Desafortunadamente para Walker, y todavía más para el mismo Henry, el licor que éste ingería en cantidades navegables lo tornaba pendenciero y finalmente uno de esos episodios dio al traste con su vida en Honduras, conforme narra Jamison en el último capítulo.

* Fayssoux Collection, Item 5.



ANEXO No 10

El Ministro americano Mirabeau Buonaparte Lamar.

El general Mirabeau Buonaparte Lamar, nativo de Georgia, de ancestros franceses y exPresidente de la República de Texas (1838-1841), arribó a San Juan del Norte el 18 de Febrero de 1858, a raíz de la segunda expedición de Walker a Nicaragua. Pocos meses más tarde, el 24 de Junio del mismo año, escribía a su gobierno desde Managua:

“La gran dificultad con Nicaragua es fácil de explicar. En los tristes resultados de la guerra de Walker, los nicaragüenses ven lo cerca que estuvieron de ser conquistados por un puñado de filibusteros; y desde ese día hasta el momento actual, los abruma un sentimiento de inseguridad mientras pise su suelo un solo norteamericano.

“El tratado Cass-Irisarri incrementó grandemente ese sentimiento de inseguridad porque Nicaragua cree que, al amparo del tratado y con las facilidades del Tránsito, los norteamericanos caerían sobre su territorio en cantidades abrumadoras y mediante su superior energía, conocimientos, riquezas y carácter emprendedor, pronto se posesionarían de todos los poderes y convertirían a la nación en una república de norteamericanos. El horror a ser desnacionalizada así y a que su pueblo se degrade, es el gran impedimento —y probablemente el único— para entenderse con ella.

“Yo he hecho todo lo posible para desenmascarar la falacia de tales

temores y para demostrar la imposibilidad de su realización; pero todo ha sido en vano porque no creen nada de cuanto un norteamericano les diga al respecto ni lo escuchan con paciencia. Tal recelo ha engendrado un odio profundo hacia nuestra raza —más allá de todo lo razonable—, el cual se podrá eliminar solamente con la ayuda del tiempo y las circunstancias...”*

Aunque Lamar fracasó por completo en su misión diplomática de conseguir que Nicaragua ratificara el tratado Cass-Irisarri y el Tránsito se reanudara, en el trato social se captó muchas simpatías. El Presidente de Nicaragua, general don Tomás Martínez, al tener noticia de su próximo retiro del cargo de Ministro, le escribió al Presidente Buchanan, de los Estados Unidos, en estos términos:

“Habiendo anunciado Su Excelencia Mirabeau B. Lamar, Ministro Residente de los Estados Unidos cerca de este Gobierno, su determinación de abandonar Nicaragua por motivos personales, me satisface grandemente atestiguar del celo, energía y buen éxito con que se ha dedicado a los asuntos de su Misión.

“Es indudable que ninguna persona podría haber hecho más, y en realidad ni siquiera lo que él hizo, para promover la armonía y el buen entendimiento entre los dos gobiernos. Fiel a su propio país y amistoso hacia el nuestro, su conducta se ha distinguido por la franqueza, la moderación, el decoro y la dignidad.

“En todas sus relaciones, oficiales y sociales, ha hecho todo lo que exigía su posición. Su conducta ha sido cortés, su disposición amigable, y sus acciones llenas de benevolencia.

“Esos atributos le han granjeado la confianza de mi gobierno y los sinceros votos de la nación por su felicidad. Los nicaragüenses siempre recordaremos con satisfacción su residencia en esta República”.**

Lamar, por su parte, después de regresar a Washington, le escribió el 30 de Agosto de 1859 a don Pedro Zeledón, Ministro en el Gobierno de Martínez, una carta en que analiza su reciente misión en Nicaragua:

“Ciertamente, mi querido y viejo amigo, tengo vanidad suficiente en mí y confianza en Usted como para creer que si las dificultades y desavenencias entre nuestros países se hubieran dejado en nuestras manos para adjudicarlas y ajustarlas antes de que se enmarañaran tanto... nosotros

* United States National Archives, Executive Branch, Despatches from United States Ministers to Central America, Nicaragua and Costa Rica, volumes 3 and 4, Mirabeau Buonaparte Lamar, Microfilm M-219, Roll 11.

**Sister M. Baptista Roach, “The Last ‘Crusade’ of Mirabeau B. Lamar”, *Southwestern Historical Quarterly*, Austin, Vol. 45, 1941, p. 159. (Versión en inglés).

las habríamos arreglado —tránsitos, tratados y reclamos, sin la menor dificultad y a satisfacción de todos los interesados . . . Pero cuando los Bellys, Barwells— los Vanderbilts y Websters, y otros de su calaña . . . comenzaron sus diabólicas operaciones en el país, la pobre Nicaragua se desconcertó con sus consejos malignos e influencias perniciosas, y cayó, precipitándose en muchas equivocaciones, y siguió cayendo de tumbo en tumbo hasta que sus asuntos llegaron a tal grado de confusión que ni el propio Diablo habría podido desenredarlos . . .”*

El 19 de Diciembre de ese mismo año, a los 61 de edad, fallecía Lamar de un ataque al corazón en su hogar de Richmond, Texas.

* *Ibid.*, p. 162. (Original en inglés).



ANEXO No 11

Dos filibusteros: Un músico y el perro.

“*Guerrero* era el nombre con que lo bautizó cariñosamente la Falange Americana. *Guerrero* era un perro . . .”*

El belicoso can existió con el nombre de *Filibustero* y murió en combate en Juigalpa, según noticia de *El Nicaraguense*:

“MURIO A LA CABEZA DE LA COLUMNA. — Cuando el ejército americano vino a Nicaragua, engrosó nuestras tropas y sentó plaza permanente en ellas un perro color crema, de unos cinco años de edad, de raza bien peluda y ‘valiente’ desde la cabeza hasta la cola. Se le bautizó *Filibustero* y agradecía siempre ese nombre tan halagador con un meneo del rabo. Cuando nuestras tropas entraron a Granada, contemplaron la paliza con que *Filibustero* obsequiaba a un su semejante vagabundo que lucía una blanca cinta chamorrista al cuello. Desde entonces quedó como el ‘gallito del lugar’ y fue la mascota mimada de todos los soldados. *Filibustero* jamás se apegó a ninguna compañía en especial, sino que hoy devoraba el rancho en una y mañana en otra. Asistía puntual al cambio de guardia y cuando los soldados disparaban sus fusiles, demostraba su agrado con fuertes ladridos que sonaban a genuinos aplausos perrunos. Todos amaban al *Filibustero* y él se hacía acreedor a su confianza. Patrulla que salía de la ciudad, patrulla a la que acompañaba *Filibustero*,

* Ver página 152.